



Revista Electrónica "Actualidades  
Investigativas en Educación"  
E-ISSN: 1409-4703  
[revista@inie.ucr.ac.cr](mailto:revista@inie.ucr.ac.cr)  
Universidad de Costa Rica  
Costa Rica

Hernández Sánchez, Sonia  
GERONTOLOGÍA EDUCATIVA DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO: UNA PRÁCTICA  
METODOLÓGICA  
Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación", vol. 10, núm. 2, mayo-agosto, 2010,  
pp. 1-15  
Universidad de Costa Rica  
San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44717910012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

**Actualidades Investigativas en Educación**

Revista Electrónica publicada por el  
Instituto de Investigación en Educación  
Universidad de Costa Rica  
ISSN 1409-4703  
<http://revista.inie.ucr.ac.cr>  
COSTA RICA

**GERONTOLOGÍA EDUCATIVA DESDE LA PERSPECTIVA DE  
GÉNERO: UNA PRÁCTICA METODOLÓGICA**  
EDUCATIONAL GERONTOLOGY FROM A PERSPECTIVE OF GENDER: A  
METHODOLOGICAL PRACTICE

Volumen 10, Número 2  
pp. 1-15

Este número se publicó el 30 de agosto de 2010

Sonia Hernández Sánchez

*La revista está indexada en los directorios:*

[LATINDEX](#), [REDALYC](#), [IRESIE](#), [CLASE](#), [DIALNET](#), [DOAJ](#), [E-REVIST@S](#),

*La revista está incluida en los sitios:*

[REDIE](#), [RINACE](#), [OEI](#), [MAESTROTECA](#), [PREAL](#), [HUASCARAN](#), [CLASCO](#)

---

Los contenidos de este artículo están bajo una licencia [Creative Commons](#)



## GERONTOLOGÍA EDUCATIVA DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO: UNA PRÁCTICA METODOLÓGICA

EDUCATIONAL GERONTOLOGY FROM A PERSPECTIVE OF GENDER: A METHODOLOGICAL PRACTICE

Sonia Hernández Sánchez<sup>1</sup>

**Resumen:** En el presente artículo se analiza un grupo de mujeres mayores, de 50 años a 72 años de edad, quienes participan desde el 2008, en un curso de capacitación para enfrentar los cambios y los desafíos de la vejez, asistiendo al Programa de Atención Integral de la Persona Adulta Mayor, de la Sede de Occidente. Ellas re-construyen una estructura de pensamiento acorde con el significado de su propio proceso de envejecimiento y vejez, al que relacionan con formas diferentes de acción e innovación y, con una búsqueda constante de autonomía. De esta manera, hacen una ruptura de ciertas creencias, prejuicios y preconceptos sociales, sobre el envejecimiento femenino, que aún se sostienen en algunos contenidos de la gerontología educativa. En la práctica metodológica del curso, se enfoca el interés en los procesos de interacción social, en “espacios cualitativos”, donde formulan el punto de partida central, para una gerontología educativa con perspectiva de género. En dichos espacios, ellas siempre han expresado grandes deseos de aprender a enfrentar los temores que poseen frente a su propia vejez, ante los cambios que ya están decididas a realizar en esta etapa de la vida y, a proyectar ese re-conocimiento de sí mismas a otras mujeres adultas mayores.

**Palabras claves:** MUJER ADULTA MAYOR, GERONTOLOGÍA EDUCATIVA, GÉNERO Y ENVEJECIMIENTO

**Abstract:** This article analyzes how a group of elderly women participating in a training course to face their changes and challenges in elderly stages of life, re-build a structure of thought that matches the meaning of their own aging process and of that of elderly age itself. These women relate this process to various forms of action and innovation and to a constant search for autonomy, breaking up with certain beliefs, prejudices, and social preconceptions, regarding female aging, which still remain in some contents of educational gerontology. In developing the methodology of the course, the focus is on the meaning of the processes of social interaction within “communicative spaces”, which constitute the main starting point for an educational gerontology with a perspective on gender; one which promotes re-signifying a representation of female aging as a different form of standing before the world. Women between 50 and 72 years of age have been participating since 2008. They have been attending a Program of Integrative Attention to the Elderly. In such “qualitative spaces”, these women always express a great interest in learning to face their fears before their own aging, and before the changes that they are ready to take on during their elderly stage and, as well as to project such self-recognizing of themselves and of as other elderly adult females.

**Key words:** ELDERLY ADULT WOMAN, EDUCATIONAL GERONTOLOGY, GENDER AND AGING

---

<sup>1</sup> Master en Psicología de la Universidad de Costa Rica . Profesora e Investigadora de la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica.

Dirección electrónica: [shernandez155@gmail.com](mailto:shernandez155@gmail.com)

**Artículo recibido:** 4 de febrero, 2010

**Aprobado:** 25 de agosto, 2010

## Introducción

El aumento significativo de la población adulta mayor lleva consigo un importante compromiso de parte de la sociedad, para atender las diferentes situaciones que aparecen en la vida diaria, como consecuencia del mismo crecimiento poblacional; tal y como se manifiesta en forma evidente en la población de las mujeres mayores, las que en promedio presentan condiciones sociales y políticas disímiles, con respecto a la población de los hombres mayores, las que apremia atender; en este contexto, vale la pena recalcar algunos datos de diferentes autores y organizaciones dedicados al estudio científico de ambas poblaciones mayores.

Así, por ejemplo, el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) (2007, p. 3), señala que: “en la región se observa un predominio femenino en la población adulta mayor y que por cada 100 hombres hay 116 mujeres de 60 años y más”, ello incide en demandas y condiciones de vida apropiadas para la especificidad de la población; como corolario, se demuestra que son ellas quienes tienen en promedio, un menor acceso al sistema de seguridad social, con respecto a los hombres.

Mientras tanto, en el I Informe Estado de la Situación de la Persona Adulta Mayor en Costa Rica (2008), revela que a mediados de ese año, existen en el país cerca de 278 mil personas adultas mayores de 65 años, cantidad que corresponde al 6% de la población; de ese número, 128.460 son hombres, lo que responde al 5.6% de la población masculina, en tanto que 147.517 son mujeres, cantidad que representa el 6.6% de la población femenina total del país.

Para efectos de los desafíos por enfrentar desde el colectivo de personas mayores, el citado Informe toma en cuenta que dicha población, en general, se duplica cada 15 años; así, por ejemplo, mientras en el 2008 hay algo más de 95 mil personas de edad, mayores de 65 años, se estima que para el 2025, habrán en Costa Rica casi 225 mil mayores de 65 años.

En nuestro país, específicamente las mujeres adultas mayores son las que presentan mayor riesgo en lo relativo a su función mental. De una muestra de 254 personas adultas mayores analizadas, como parte del Programa de Investigación en Envejecimiento que lleva a cabo el Instituto en Salud (INISA) y la Escuela de Nutrición de la Universidad de Costa Rica (2006), se determinó que un 69.6% de mujeres, se encuentran bajo esas condiciones, en relación con un 59.3%, de los hombres. Por esta razón, es necesario destacar el comentario de Sánchez (2002), quien nos dice:

El aumento en longevidad que ha experimentado la población a nivel mundial, implica la existencia de más de una generación de ancianos y ancianas en una misma familia, cuyas proyecciones demográficas indican que estarán compuestas principalmente por “mujeres viejas”, las que debido a sus procesos sociohistóricos en los que han transcurrido, posiblemente estén cuidando a sus madres o a sus “abuelas viejas”. (p. 33)

De manera que este hecho social se torna fundamental para que los estudios gerontológicos sean enfocados desde una perspectiva de género y desarrollo, así también lo argumenta Rebecca de los Ríos (1993) al referirse a las expectativas de vida al nacer de la mujer con respecto al hombre, las que continúan incidiendo de forma negativa.

Con todo, es indudable que los niveles de mortalidad han experimentado un descenso general, aumentando la esperanza de vida al nacer y la ventaja en años de vida de la mujer con respecto al hombre; sin embargo, el hecho de vivir más tiempo no significa necesariamente que la mujer viva mejor, ni que goce de mejores condiciones de vida y de salud con respecto al hombre. Las diferencias de mortalidad y morbilidad por sexo se derivan de condiciones no sólo biológicas, sino, también, del medio social donde, entre otros factores, actúa la valoración que la sociedad adscribe al ser hombre y al ser mujer, valoración que aparece ligada con las relaciones genéricas de subordinación. (p. 11)

Estos datos obtenidos han sido claves para justificar tantas acciones investigativas como de intervención socioeducativa en este conjunto de mujeres mayores, reivindicadas como población, tal y como lo están haciendo en otros países latinoamericanos, al considerar lo que es significativo para ellas en esta etapa de la vida; etapa que es invisibilizada como parte del fenómeno del “edadismo”, referido por (Butler, 1969, en Freixas, 2004) como un concepto que discrimina a las personas por el simple hecho de ser mayores y de otros estereotipos relativos al “viejismo” que las afecta.

Frente a ello, es importante destacar la crítica que hace Freixas (2004) sobre la corriente teórica del ciclo vital, que incide en las formas de percibir la vejez, ya que la ubica como una etapa más de la vida, asumiendo que el crecimiento, desarrollo y cambio, a lo largo de toda la existencia de las personas, se presentan sin diferenciar las experiencias vitales de las mujeres con respecto a los hombres. Esta omisión, argumenta la autora, deja

por fuera procesos identitarios y, en el caso de las mujeres: “*añade el temor con que se vislumbra el hecho de envejecer, el pánico de hacerlo perteneciendo a una parte de la población especialmente castigada por factores como la pobreza, la marginación afectiva y la normativa de belleza entre otras*” (p. 329).

Desde esa perspectiva negativa promovida por la psicología evolutiva, se conceptúa a la vejez, en los hombres y en las mujeres, como un proceso de deterioro, de pérdida y de independencia, por lo que tanto Baltes, Reese y Nesselroade, como Neugarten (citados en Freixas, 2004) señalan con respecto a ello, el sentido de recompensar la diversidad de experiencias de las personas, a lo largo de la vida, porque consideran que los seres humanos en vez de atravesar etapas fijas de forma previsible, se enfrentan a situaciones variables y plurales.

Esta posición adopta un enfoque menos unificador, y resalta las aportaciones que dan las personas adultas mayores a la sociedad; asimismo, rechaza las posturas de una epistemología gerontológica que enfatiza la atención de una población desde un plano de intervención asistencialista, en vez de una que valora la construcción del conocimiento en todas las etapas de la vida, es decir: el aprendizaje de la vida. De igual modo que considera la valoración que se hace según sea el género, la etnia y la clase social, en los espacios sociales donde ellas y ellos entran en contacto y actúan intersubjetivamente. “*El hecho de ser viejo es lo que marca desde el principio el proceso educativo*” dicen Sánchez y Pedrero (2006, p. 5), cuando se refieren a una gerontología educativa que asocia la educación con el envejecimiento con el fin de alargar y mejorar la vida de las personas mayores.

Por lo tanto, una gerontología educativa con perspectiva de género, y en general al tema de la mujer adulta mayor y de sus cambios, dentro del tejido social anteriormente citado, es un asunto complejo y necesario, sobre todo, porque como personas estamos inmersas en una época de reconceptualizaciones y de reorientación de muchas teorías referentes a los procesos del envejecimiento y a los del género y, también, frente a una sociedad que se niega a visibilizar y a valorar los significados de una parte importante del conjunto de las personas adultas mayores.

Por ello, una buena base de referencia, que se puede ubicar mejor en ambas dimensiones, es conocer lo que sucedió en el siglo XX con respecto a los movimientos feministas, para entender de manera más integral, todo lo que se debate hoy en día en temas de género y también de envejecimiento.

Así, corresponde entender que la humanidad vive, desde entonces, uno de los más significativos cambios en materia de comprensión de las relaciones humanas y sociales, de la conceptualización de las relaciones de género y, consecuentemente, el desarrollo de políticas, instrumentos legales y mecanismos nacionales e internacionales orientados a reducir las diferencias genéricas.

En los inicios de ese proceso, las mujeres en general enfrentaron varias formas de participar; por ejemplo, por primera vez se visualizaron como grupo social y no como individualidades asiladas, cuando inician la lucha por la defensa de un sistema de salud, basada en los principios de sus derechos como mujeres (Portugal, y Matamala, 1993).

Desde esta perspectiva, el reconocimiento de las dimensiones sociopolíticas de sus historias de vida pasó desde entonces a ser parte de aquellos avances que la humanidad ha ido atestiguando de manera progresiva, teniendo en mira, justamente, la humanización de la vida y de las distintas formas de expresión inherentes a ella.

Empezamos el siglo XXI con demandas de socializar estos temas sobre género y envejecimiento, en contextos tanto académicos como en programas socioeducativos, buscando que en ellos se atendiera no sólo una petición de derechos, sino también el manejo de conceptos visionarios y obviamente, con transformaciones hacia el grupo poblacional citado, ofreciéndoles “espacios cualitativos” para la generación de más conocimiento.

De este modo, la conjunción de distintos factores, tales como el avance en materia de igualdad de géneros, la extensión de la expectativa de vida y la longevidad, fueron configurando un nuevo territorio para la mediana edad y la vejez temprana de las mujeres (Yuni y Urbano, 2008, p. 156).

Es en este marco de prácticas epistémicas, donde se mueve una forma de pensamiento propia de las mujeres mayores, que se diferencia con aquellas del siglo pasado, en la misma medida en que un enfoque gerontológico asistencialista, se diferencia del gerontológico educativo con una perspectiva de género; este se basa en una proposición científica sobre envejecimiento y género, cuyo centro de interés son los procesos de interacción social, en donde se re-construye una estructura de pensamiento de acuerdo con los significados que las mujeres mayores tienen de su propio proceso de envejecimiento y vejez, y hace una ruptura de ciertas creencias, prejuicios y preconceptos sociales, que continúan estando sostenidos en prácticas profesionales, desde el campo de la gerontología educativa.

La consecuencia es que en las diferentes maneras en las que las mujeres mayores revisten de significado sus experiencias y definen una presencia de sentido, de la manera cómo actúan, en esos “espacios cualitativos” dados, es que se formula un punto de partida central para una gerontología educativa con perspectiva de género. De esta manera es que se extrae una práctica metodológica que re-significa una representación del envejecer femenino como un modo diferente de posicionarse frente al mundo: “*enriquecida y transformada por los aprendizajes que puede incorporar en este momento*” (Yuni y Urbano, 2008, p. 158)

De este modo, estas mujeres mayores, a partir de su interactuar, transforman una realidad preexistente y asumen una autonomía personal y una libre toma de decisiones acerca de su propia vida, como una forma específica de poder. En los “espacios cualitativos”, ellas empiezan a ser conscientes de sus nuevos roles en el proceso de envejecer, y aceptan sus necesidades psicosociales en los términos en que hoy acuñan un concepto de calidad de vida, como la oportunidad y la posibilidad que les da la vida, en este momento de su ciclo vital; de esta forma, también colocan su vejez, en el ámbito de los derechos, desde el lugar de las relaciones sociales, políticas, económicas y de géneros.

De manera que es así como se constituye un curso de estrategias para mujeres mayores, para enfrentar los cambios y los desafíos de la vejez, un curso que les promueve el desarrollo de la multiplicidad de habilidades y de conocimientos y les potencia los procesos de desarrollo personal, en esos “espacios cualitativos” en donde comparten dentro del curso.

En cualquier caso, nuestra visión es que la gerontología educativa con perspectiva de género, no sólo es posible para potenciar un nivel de bienestar psicológico e intelectual de las mujeres mayores, sino también es necesaria a nivel social, cultural, político y hasta económico.

### **Gerontología educativa con perspectiva de género: hacia un modelo propositivo**

El planteamiento que estudia cuestiones educativas en relación con envejecimiento y género debe partir del supuesto de que la mujer adulta mayor, con respecto al hombre mayor, mueve una forma de pensamiento propia de su proceso de envejecimiento. En otras palabras, pensar en una gerontología educativa con perspectiva de género implica apostar por una visión de las mujeres mayores abiertas al cambio y que reconozca una socialización de salud y de género, incorporada en ellas desde décadas atrás.

Esta idea no es la dominante en la ciencia de la gerontología educativa, ni en las teorías del ciclo vital, lo que se explica, al menos en parte, el relativo olvido de lo significativo del envejecimiento femenino y, en concreto, en cuanto ámbito de estudio de la gerontología educativa con perspectiva de género.

Con todo, en lo que respecta a dichas concepciones, tradicionalmente se le ha atribuido una función socializadora consistente en la relación entre los procesos educativos y el envejecimiento, (Peterson, 1980, citado en Sánchez y Pedrero, 2006), así que, según la concepción establecida, se fundamentan “espacios cualitativos” que permiten potenciar imágenes, ideas y pensamientos, alrededor de lo significativo de la vejez.

Conjuntamente, se subraya el interés por el envejecimiento femenino, ya que se consigue analizar una doble vertiente; por una parte, materializa la aparición de programas educativos específicos para mujeres adultas mayores (Freixas, 2004; Yuni y Urbano, 2008); por otra, también emprende reflexiones teóricas que ofrecen soporte conceptual a los términos de envejecimiento y de género, configurando un nuevo campo de estudio al que se le denominaría gerontología educativa con perspectiva de género, la cual se plantea como centro de interés, de interacción social y, como objetivo fundamental, la reconstrucción de una estructura de pensamiento de acuerdo con los significados que las mujeres tienen de su propio proceso de envejecimiento y de su vejez. En consecuencia, el ambiente "natural" para cultivar esos significados, como un modo de vida propio de esas mujeres mayores, son los grupos de reflexión, y más específicamente los grupos en donde ellas se perciben fortaleciéndose y aprendiendo.

Es allí, en ese muy específico "locus cultural", donde el semillero de mujeres adultas mayores, se dispone a socializar sus formas de participar-innovar, situadas en la zona de la construcción intersubjetiva de su representación sobre el envejecimiento femenino. A manera de ejemplo, se observa lo que una mujer en uno de los grupos educativos señaló:

Estas son las posibilidades de hacer las cosas y hacerlas diferentes, es atreverse a... yo nunca tuve la oportunidad de estudiar, mi papá me lo prohibió, por eso, ahora esto que estoy haciendo me encanta, es algo que me llena de una energía diferente (Paloma, comunicación personal, abril 2008).

De ese modo, está participando activamente con sus prácticas de conversación y de experimentación, al igual que un sujeto que construye, desde su particular punto de vista, lo

significativo en su vida, porque percibe con sentido esos “espacios cualitativos” en donde logra actuar su propio significado del envejecimiento femenino.

No son suficientes, en consecuencia, las herramientas teóricas o metodológicas de la gerontología educativa para que una persona adulta mayor desarrolle las habilidades básicas y aprenda a vivir con calidad su vejez; hay que trabajar, en primer lugar, su dimensión subjetiva, intervenir activamente su imaginario cultural, proceder con una especie de "profilaxis", para sacar a flote las imágenes que tiene de sí misma, imágenes relacionadas con lo significativo de su propio proceso de envejecimiento y vejez; es todo un trabajo pedagógico para que las mujeres mayores, en este caso, se dispongan a reconocer su condición de mujeres con calidad de vejez.

Obviamente, estos principios posibilitan y potencian la capacidad de las personas mayores para aprender y para disponer de metas educativas durante su ciclo vital, incluidos los últimos años. En este sentido, se toma en cuenta el trabajo de Harry Moody (citado en Orte S. y March C. 2007, p. 259), basado en cuatro modelos que orientan la educación de las personas mayores:

1. La primera concepción es la del modelo del rechazo, la que considera la educación de los y las personas mayores un despilfarro, dado que son personas improductivas y dependientes de las demás personas. Este modelo muestra una actitud negativa frente a la población y, como tal, no aparecen las expectativas de desarrollo hacia esas personas.
2. La segunda concepción o modelo es acerca de los servicios sociales, la que visualiza la educación para mayores como un medio de entretenimiento. Si bien es cierto esto permite igualdad de oportunidades y las personas tienen una actitud positiva frente a ello, es la educación la que no se entiende como un medio de mejora. Con este planteamiento no se pueden observar mejoras significativas en la integración social de las personas que asisten.
3. La tercera concepción va unida a la actividad y a la participación. Este modelo se concibe como una prolongación de las habilidades de las personas mayores; se trata de valorar la actitud fortalecida del colectivo que asiste a este tipo de educación, quienes logran compartir sus experiencias e intervienen en los problemas de la sociedad.
4. La cuarta, y última concepción, es el modelo de autorrealización, que se enlaza con la teoría de las necesidades de A. Maslow, pero que también se vincula con el anterior y

se posiciona desde una necesidad permanente de aprendizaje de la población adulta mayor, y ello es fundamental en la vertebración de una gerontología educativa, porque toma en cuenta la especificidad del colectivo y la contribución que este mismo da a la sociedad.

A partir de estos dos últimos modelos educativos es que se diseñó un curso de “Capacitación de estrategias para enfrentar los cambios y desafíos de la vejez, para mujeres adultas mayores”, cuyos contenidos fueron dirigidos a la enseñanza del conocimiento gerontológico básico desde la perspectiva de género, hasta el conocimiento de una planificación de la vida personal, familiar y laboral propia del ser mujer adulta mayor y al discernimiento de sus nuevas habilidades de creatividad, frente a los cambios y tareas de su propio proceso de envejecimiento.

De manera que, el propósito de dicha capacitación, enfocada desde la perspectiva de género, fue definir y esclarecer los objetivos y las metas que apuntaran a optimizar el envejecimiento femenino, como la valoración de la potencialidad cognitiva y el modo de sentir en el contexto socio histórico en el que estas mujeres se desenvuelven.

Así, este modelo propuesto implica de entrada no solo la existencia de una política integral, sino también una actitud social positiva hacia esta población, correlacionada con el significativo de sus procesos de envejecimiento, que se sostiene, mayormente, de una autopercepción activa, autónoma y con capacidad para decidir sobre su propia vida.

De esta manera, entre otros muchos objetivos de la gerontología educativa, se trataría de estudiar los cambios experimentados por las mujeres mayores, como consecuencia de su participación en las acciones sociales y en las políticas de las últimas décadas, y de explorar los factores que influyen en esas consecuencias.

### **La Metodología activa participativa en la vida de las mujeres mayores**

Una de las primeras formas de concebir la gerontología educativa, tal como se viene argumentando, desde un punto de vista que incorpore los procesos de envejecimiento y género, es contemplarla como un sistema de compensación de significados de envejecimiento femenino, que impliquen los sentidos y los procesos simbólicos de ellas; es decir, que una vez que las mujeres mayores se incorporen a un grupo educativo, sea la metodología activa-participativa la que funcione como una vía para que ellas entren en

contacto con las demás y con ellas mismas, y alcancen comprender a fondo su interacción y su mundo, al mismo tiempo que logren concientizar los nuevos roles en los procesos de su propio envejecer.

Por tal motivo, ellas pueden dar sentido a esos “espacios cualitativos” y las puede mover a compartir sus sentimientos, tanto de temor, como de deseo. En la experiencia del curso de: “Capacitación de estrategias para enfrentar los cambios y desafíos de la vejez, para mujeres adultas mayores” en la práctica metodológica activa-participativa, con el grupo de mujeres mayores, se observó, por un lado, el temor de acercarse a la otra compañera, al punto de polarizarse con los pseudo-sentimientos de poder y tornarse en otra persona; por otro lado, manifestaron de diversas formas un deseo de participar mediante sus relatos de vida, con la esperanza de cambiar, llevando sus asuntos privados a lo público.

En el grupo una de ellas dijo: *“cuando yo llegué aquí, yo creía que sólo yo tenía problemas, por eso me quedaba muy calladilla, diay... ahora veo que el problema mío no es nada a la par de las otras compañeras”* (Margarita, comunicación personal, setiembre 2008).

Otra manifestó: *“yo lo que digo es que como se aprende aquí, ya entendí eso de porqué he sido así... yo ya les he contado mucho de mí... pero que hay otras que están peor”* (Azucena, comunicación personal, setiembre 2008).

Y, Flor (comunicación personal, septiembre 2008) relata: *“ahora si me doy mi salud y mi espacio y no lo cambio por antes, esto para mí es todo... hasta me he rejuvenecido”*.

En el actuar de ellas, podemos ver cómo se concreta un modo diferente de posicionarse frente al mundo, ya que incorporan los aprendizajes y transforman su realidad preexistente. Por tanto, implicarse en nuevos aprendizajes se concibe como un ejercicio que tiene beneficios sobre el funcionamiento de la atención de sus propias necesidades psicosociales, la que las asocian con las posibilidades y oportunidades que tienen en este momento de su vida. *“Es las posibilidades de hacer las cosas y hacerlas diferentes”*, señaló Lucía (Comunicación personal, abril 2008). Asimismo, Blanca nos relató: *“Es libertad, deseos de cambiar, o... porque yo era muy de casa y tener otras oportunidades es una gran cosa en este momento de la vida... eso lo ayuda a uno hasta para los de los nietos...”* (Comunicación personal, octubre 2008).

De esta manera, ellas se descubren como un grupo con necesidades de reflexionar y de sentir que están a las puertas de un juicio práctico de su reparación emocional y que pueden continuar, con el tránsito de la socialización del conocimiento de sus vidas, como

aquellas formas de innovar que poseen, vinculadas a un sentimiento de poder de acción colectiva y de acción social.

La gerontología educativa con perspectiva de género y con una metodología activa-participativa sería uno de los medios para acentuar esos “espacios cualitativos” y hacer que ellas no sólo se mantengan en contacto como grupo, sino también con los nuevos conocimientos sobre la cultura y las circunstancias con las que se encuentran. De acuerdo con ello: “estos vínculos facilitan además una gran actividad e implicación, tanto en la propia vida personal como en el cuidado de la comunidad creada con otras mujeres” (Freixas, 2008, p. 49)

En efecto, cuando las mujeres mayores se movilizan y participan, en actividades educativas, sociales, políticas y recreacionales, se asientan en el ámbito de su identidad, porque experimentan el poder de decidir sobre sí mismas y de disfrutar de la variedad de posibilidades que encuentran implícitas o explícitas en su cotidianidad, es lo que Freixas (2008) llamaría la “socialización inversa”, en la que ellas como mujeres mayores en las relaciones con generaciones más jóvenes aprenden y descubren nuevas perspectivas y tendencias y las adoptan sin temor, así incorporan a sus vidas nuevas ideas, gustos y valores.

En este sentido, no hay duda sobre lo que Freixas (2004, p. 328) nos expresa sobre algunas características de ellas en esta etapa del ciclo vital: “las mujeres disponen de algunos recursos exclusivos que se convierten en puntos fuertes en su vida de mujeres mayores. Saben crear redes de amistad, vecindad y comunidad, con lo que compensan algunas de las exclusiones de las que han sido víctimas”.

Por lo tanto, esta acción se adecua a una necesidad psicosocial de las mujeres mayores, porque por todos los medios, tratan de alcanzar satisfacción, para lo cual objetivamente se incorporan a las diferentes actividades que son percibidas como alguna forma de aprender.

En este contexto, al interior del grupo llevaron a cabo actividades que para ellas representó una innovación, las que asociaron con prácticas creativas para enfrentar su vejez, asumiendo la lectura de textos con contenidos de la gerontología feminista, así como la preparación de charlas y talleres para otros grupos de mujeres mayores de comunidades aledañas, que fueron realizadas como parte de sus creencias y nuevos valores, incorporados en los nuevos roles que asumen en este periodo del ciclo vital.

Mariquita nos contó:

Yo sabía que tenía que leerme algo para ir al curso, pero no sabía qué hasta que le pedí a mi esposo que como él ve, mejor que yo, me lo leyera y adivinen de qué era la lectura, pues de sexo muchachas, (risas en todo el grupo), pero saben qué, eso me sirvió, hasta para que habláramos lo de nosotros dos (Comunicación personal, septiembre 2009).

En ellas se conjuga la necesidad de apropiarse de un conocimiento, y de tener las herramientas eficaces para continuar innovando en su etapa de la vida. Pareciera que estas formas de enfrentar las dificultades en su proceso de envejecimiento, y posicionarse frente a las expectativas de la vida de manera diferente, es porque ellas consideran las actividades donde participan como aquellas que les aseguran la supervivencia en su etapa de la vida; de allí que las estrategias para enfrentar la vejez son de manera innovadora.

Ahora... saqué mi cuaderno otra vez... (Da un suspiro), es que yo tenía que esconderlo para que mi papá no me lo rompiera. Él nunca quiso que yo fuera a la escuela a pesar de que la maestra le insistió. Por eso venir hasta aquí... (Expresa entre risa y llanto) y otra del grupo contesta... sí, es lo mejor... ella continúa: es que de verdad uno es otra cosa con esto de hacer lo que a uno le gusta y que toda la vida lo ha querido (Azucena, comunicación personal, septiembre 2008).

En gran medida, las formas de participar que tienen las mujeres adultas mayores encuentran explicación en las condiciones sociales que hoy viven en la comunidad y en vínculo con las demás mujeres de sus generaciones.

En definitiva, desde una práctica metodológica, activa participativa, centrada en el aprendizaje de la vida de las mujeres mayores enriquece, también, esas formas de actuar sus nuevos roles, que les promueve disposición para la aceptación de los importantes cambios sociales y familiares a los que cotidianamente se enfrentan.

## **Conclusiones**

La necesidad de la gerontología educativa con perspectiva de género deviene, a la vez, en una educación gerontológica para y con la mujer adulta mayor y ello se constata de dos maneras:

1. La primera, puramente de logro personal, ya que a las mujeres desde niñas se les educa para ser pasivas frente a sus cuerpos y sus vidas, al mismo tiempo que se les estimula para cuidar a los “otros” en un medio privado; por tanto los “espacios cualitativos” dentro de una metodología activa-participativa, bajo la gerontología educativa desde la perspectiva de género, logra en ellas, potenciar su: “libertad, deseos de cambiar y tener otras oportunidades”, que está constituido en una definición de salud mental o en una de madurescencia (Yuni y Urbano, 2008); asimismo, surge como una opción de vida el participar, lo que antes no había sido contemplado en ellas. Así lo concibe Freixas (2004): “la esencia del control es la libertad de actuar, la habilidad de planificar, y conseguir los objetivos personales y el reconocimiento de las consecuencias de las acciones individuales”. Por último, todo ello se relaciona con autonomía y con capacidad de decidir sobre sí mismas lo que conciben como calidad de vida, que implica, al mismo tiempo, una conquista de los aspectos positivos de su envejecimiento; aquí lo importante, es la generación de procesos de fortalecimiento personal para las mujeres mayores, porque les permite la re-codificación de los mandatos establecidos socialmente alrededor de su persona. Este elemento es una apuesta social a los cambios culturales necesarios para el avance, hacia una sociedad respetuosa de los derechos de las personas adultas mayores.
2. Lo segundo, se refiere a la habilitación de espacios de convivencia y de contacto psicológico de este colectivo, que como producto de la misma construcción femenina en pocas ocasiones cuentan con él y por la misma razón les resulta una limitación socializar y entrar en contacto con las demás mujeres.

Por fin, desde la gerontología educativa se presenta un reto muy importante que apunta a la creación de metodologías, así como a la generación de espacios que faciliten reflexiones en cuanto al conocimiento de un marco histórico social, donde se han vivido las experiencias del ser mujer y del ser hombre en esta organización social patriarcal. De esta

manera, se contribuye a posibilitar la participación activa de la población, así como su lugar dentro de las familias y el posicionamiento desde sus necesidades e intereses.

En síntesis, a partir de la experiencia vivida con ellas en esos “espacios cualitativos”, se puede plantear la pregunta: ¿cuáles son las necesidades de las mujeres adultas mayores para enfrentar los cambios y desafíos de su proceso de envejecimiento?

- a. Espacios de participación y comunicación social.
- b. Reconocimiento y aceptación de ellas mismas como personas con necesidades diferentes, con respecto a los hombres adultos mayores.
- c. Acompañamiento en su proceso de crecimiento personal.
- d. Relaciones afectivizadas y transparentes, libres de mitos y estereotipos del viejismo.

## **Referencias**

- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía - CELADE. (2007). **Envejecimiento y desarrollo, en una sociedad para todas las edades**. Santiago, Chile: CELADE
- Barros L., Carmen. (2006). Condiciones sociales del envejecimiento. En: **El Buen Envejecer** (pp. 55-72, 4<sup>a</sup> ed., vol. 1). Santiago, Chile: Edit. Pontificia Universidad Católica de Chile
- De los Ríos, Rebeca. (1993). Género, salud y desarrollo: un enfoque en construcción. En: OPS (Comp.), **Género, Mujer y Salud** (pp. 3-18). Washington: Compiladores
- Fernández Xinia y Robles Arodys. (2008). **I Informe Estado de la Situación de la Persona Adulta Mayor en Costa Rica**. San Pedro: Universidad de Costa Rica
- Freixas F., Ana. (2004). Envejecimiento y perspectiva de género. En: **Psicología y género**. Madrid: Prentice Hall
- Freixas F., Ana. (2005). Gerontología feminista: comprender la compleja y sutil vida de las mujeres mayores. **Revista de comunicación Interactiva. Mujeres y Salud** (Mys), (17), Invierno 2005-2006
- Freixas F., Ana. (2008). La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista. En: **Anuario de Psicología**, 39 (41-57), Universidad de Barcelona
- Hernández S., Sonia. (2009). **Representaciones sociales sobre calidad de vida de las mujeres adultas mayores y su relación con estructura de familia de origen**

(Informe final de investigación N° 540-A6-307). San Ramón: Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente

Márquez G., María; Losada Baltar, Andrés y Pérez Rojo, Gema. (2005). **Habilidades y conocimientos necesarios para trabajar con personas mayores** (Informe Portal Mayores N° 32). Madrid: Portal Mayores. Recuperado el 18 de mayo del 2005, de <http://www.imsersomayores.csis.es/documentos/documentos/losada-habilidades-01.pdf>

Orte S., Carmen y March C., Martí X. (2007, may-ago). Envejecimiento, educación y calidad de vida: la construcción de una gerontología educativa. **Revista Española de Pedagogía Año LXV**, (237), 257-274.

Pastor, Rosa. (2004). Cuerpo y género. En: **Psicología y género**. Madrid, Edit. Prentice Hall.

Portugal, Ana María y Matamala, María Isabel. (1993). Movimiento de salud de las Mujeres: Una visión de la década, En: **Genero Mujer y Salud en las Américas**. Publicación Científica (541). Washington, OPS/OMS

Sánchez S., Carmen Delia. (2002). Feminización de la Vejez. En: **La mujer de edad mayor en una sociedad feminizada**. Memoria del Primer Seminario de Centroamérica y el Caribe, San José, C.R.: EUNED.

Sánchez L., Antonia M. y Pedrero G., Encarnación. (2006). **Intervención socioeducativa con personas mayores: nueva realidad del siglo XXI**. Recuperado el 25 de marzo de 2010, de: [http://www.quadernsdigitals.net/datos\\_web/hemeroteca/r\\_43/nr\\_479/a\\_6466/6466.html](http://www.quadernsdigitals.net/datos_web/hemeroteca/r_43/nr_479/a_6466/6466.html)

Yuni, José Alberto y Urbano, Claudio Ariel. (2008) Envejecimiento y género. **Revista Argentina de Sociología**, 6 (10), 151-169